

—Pero dime, Rosa hechicera—murmuró *Nenifar*—, si serás mi mujer; ¡mi mujercita, mi consuelo y mi bien!...

—Cállate, hijo; para un sastre me parece muy florido el discurso... A mí los industriales no me gustan... Además, los tiempos han cambiado; ya soy otra...

—Dame, al menos, una leve esperanza...

—Voy de prisa... Me he detenido mucho... Si quieres dos pesetas...

Y se puso á buscarlas en su portamonedas elegante.

Dos chispazos de codicia y enojo se asomaron al famélico rostro del galán. Tartamudo y cobarde, profirió:

—Me tratas como á un pobre mendigo; no te molestes, no...

Pero tendía con avidez su mano avillanada.

Puso en ella Rosita la limosna, y con mucho *donaire* y garabato le dijo adiós, subiendo á todo escape, para ahorrarle el sonrojo de su dádiva.

En dos brincos *Nenifar* se plantó en la taberna de la esquina, y más hambriento que enamorado, se consoló de las ironías de la muchacha, gastando su moneda alegremente...

Ya Rosita no supo del bohemio desde aquel punto y hora...

XIX

Con el pretexto de preguntar por la salud de Tris-tanito, Gracián hizo una visita á la calle de Vicálvaro, escogiendo la hora en que solía Diego estar fuera de casa.

Eva le recibió con sobresalto; mas él, habilidoso y precavido, le habló muy finamente, sin descubrir del todo sus intentos; sólo se vislumbraban un poquito, como si el manto de razón y prudencia que los envolvía fuese alzado en descuido inconsciente por un soplo violento de pasión.

Pero, inquieta, luchando con el orgullo de su limpio linaje y sus instintos ambiciosos, tenía la hermosa todo el aspecto de una delincuente; y la culpa, ya esquiada en su indefenso corazón, se le asomó á los ojos hechiceros con un fuego sombrío.

Como el nene seguía mucho mejor y estaba ya resuelto su traslado á la Montaña, se habló de este propósito con el tácito acuerdo de una deliciosa temporada de intimidad en el remoto valle.

La visita, que pudo bien pasar por una correcta fórmula de cumplido, tomó el aire malsano de furtiva confianza, que dejó en el ánimo de Eva un estimulante amargor de aventura prohibida.

Aliviada en la pena de ver enfermo al niño, y disfrutando aquellos días de cierta holgura con el producto que Diego le entregó de la novela, se iluminó la vida, toda exterior, de aquella mujer, y un desatado anhelo de placeres la llevó á consentir en la idea del pecado.

La actitud indiferente y despreciativa de su marido la tenía suspensa.

Revelábase su vanidad ante el sumo desdén que en él veía, y un vago sentimiento indefinible la obligaba á bajar los ojos y la voz en su presencia.

Por primera vez desde su matrimonio tuvo Diego paz en su casa; pero la triste paz del desamor, una calma penosa y desabrida de hogar abandonado.

Para que Eva, á costa de todo, se lanzase al placer de la abundancia, con libertad y gusto, era preciso que su esposo partiese cuanto antes.

Ya Villamor había recibido de América ventajosos ofrecimientos como fruto de sus gestiones de literato emigrante. Desde Buenos Aires, un gran periódico español le prometía sueldo cuantioso, y otras publicaciones americanas solicitaban su firma que, mediante una lenta labor de periodismo, se iba haciendo un envidiable puesto en la prensa mundial.

Y al recobrar su confianza en el escritor, Eva creía muy prudente no romper en absoluto con el marido. Pero era menester que fuese Diego quien se humillase á ella.

A pesar del continente grave del esposo y del desdén supremo con que la trataba por la vez primera, ella suponía que aun el poder de su hermosura le pudiera rendir embelesado y dócil á todos sus designios...

Sólo las imprescindibles palabras cambiaban los esposos; cosas referentes al niño ó al viaje trazado á la montaña; pero Eva procuraba que aquellas frases suyas fuesen tanto comedidas y dulces como Diego las pudiera querer para mediadoras de una convencional avenencia. Su primera medida salvadora, en tan rara ocasión, fué empujar á Tristán hacia su padre y conseguir que el niño depusiera algo de la pasiva hostilidad que, por instigación de ella, le había manifestado siempre.

Diego, que adoraba á su hijo, al ver que el nene le demostraba afecto como nunca, sentíase abrumado por el terror de perderle, tal vez en breves días, y quedarse solo en el mundo, solo y triste en la cumbre lozana de la vida, sin ver colmado el insaciable anhelo de su alma sedienta de ternuras.

Entonces era cuando, velando el sueño de Tristán, ponía su atormentada frente entre las manos y cerraba los ojos para mirar su existencia interior llena de afanes, para jurar fidelidad y amores á una musa hecha con añoranzas, toda bella, un conjunto de arcángel y mujer.

Llegó junio caballero, muy sofocadó, pleno de alegría. Las familias veraneantes prodigaban sus visitas ó tarjetas despidiéndose de los amigos.

También Eva salió á sus despedidas, con un traje flamante, muy bonito; era de tonos claros y en las mangas y el escote llevaba guarniciones transparentes; el sombrero, jovial y gracioso, adornado con flores y cerezas, tendía sus alas con misterio sobre el bello semblante de la dama, y una sonrisa alegre, mucho tiempo extinguida en aquel rostro, le daba ahora más encanto y realcé.

Hizo varias visitas, aquel día, y, después de algunas vacilaciones, ya casi anocheciendo, fué á despedirse de María Ensalmo.

Encontró á la puerta del hotel el coche en que María regresaba de paseo con Lali; pero Eva no se turbó, humillada y molesta como otras veces por el boato de su amiga, sino que, con mucho agrado y libertad, la saludó y besó á la nena.

Un poco recelosa se retrajo la niña hacia su madre, y ésta disimuló un movimiento de extrañeza viendo á la de Villamor tan solícita y engalanada.

Juntas subieron la alfombrada escalera de mármol orillada de palmeras frondosas, y cruzando un vestíbulo de lujoso paramento, entraron en la elegantísima pieza donde la señora de la casa solía recibir.

Desde su postrera visita, ya lejana, halló Eva en aquel recinto artísticas novedades; pero no puso en ellas con envidia los ojos, sino que las contemplaba con delectación, tal como si de ellas se adueñase ó se estuviese recreando en el propósito de adquirir unas preciosidades parecidas.

Entretanto, María buscaba mentalmente los motivos de la mudanza de Eva, y sin dar con ellos, la oyó decir:

—Quería darte las gracias por tus atenciones antes de marchar, y anunciarte que vamos á ser vecinas este verano; yo también voy á la Montaña, por fin. A Diego parece que se le van arreglando sus asuntos; y como los médicos dicen que es indispensable llevar al niño al campo, ya lo tenemos todo dispuesto para salir de aquí antes que arrecie el calor...

—Entonces, ¿ya Diego no se embarca?—interrumpió María alegremente.

Y Eva se apresuró á decir:

—Sí, sí; está decidido á emprender el viaje, pero aguarda que se reponga el nene.

Se quedaron silenciosas las dos, y Lali, que ceñía con un bracito el cuello de su madre, preguntó con mucho interés:

—¿Va Tristanito al pueblo, á la casa aquella que está cerrada siempre?

—Sí, preciosa; vais á estar muy cerquita; los jardines lindan por una tapia de madreSelva y boj—le replicó María.

—Ya, ya me acuerdo; es por aquel lado donde tú dices que siendo chiquitina jugabas mucho... ¡qué contenta estoy! Me asomaré á llamar á Tristanito entre las flores...

Cortó la niña su gozoso discurso como si un repentino temor le acometiese, y, con viveza encantadora, se acercó á Eva, afirmando:

—Yo no tiré á Tristán aquella tarde...

—No, hija mía—repuso la señora sonriente—, él sólo se cayó, porque es muy torpe, y á ti el susto te hizo llorar, ¡pobrecita!...

Y muy halagadora la dió un beso. Luego dijo, teniéndola abrazada:

—Allí, en la aldea, jugaréis libremente el día entero. Tristán te quiere mucho.

Alegre la chiquilla, se soltó de los brazos de la dama exclamando:

—Ahora mismo se lo voy á contar á doña Cándida y á Rosa.

Y batiendo palmas corrió fuera del camarín.

—Ya sé—dijo María—que en el Retiro los niños suelen verse, y que el tuyo se cayó la otra tarde... ¿Se hizo daño?

—Nada, mujer; pero como está delicado y mimoso, llora por cualquiera cosita... Tu nena se asustó. Los dos se quieren mucho.

—Cierto. Lali habla constantemente de tu niño... Y, dime, Eva: ¿no puedes evitar que Diego marche?

—No lo intento siquiera; es su deber probar todos los medios de salir adelante con la vida... Ya es hora que le cumpla.

—Pero dicen que ha escrito una novela magistral, digna hermana de aquella que le dió tanto renombre. La publicación de esa obra sería para tu marido la consagración definitiva de su fama de literato, y pudiera en España...

—La literatura se paga en América mucho mejor que aquí. Ya ves cómo otros escritores de prestigio emigran también.

—Sí; sobre todo á la Argentina; pero van muchos en viaje de exploración para hacer propaganda de sus obras con el pretexto simpático de las conferencias internacionales... Preparan su mercado, conquistan un público y se vuelven á su tierra.

—Pero mi marido no está en situación de hacer excursiones artísticas que cuentan mucho dinero. Él fijará allí su residencia para trabajar.

—¡Pobre Diego!—murmuró María con acento levisísimo.

Eva no había oído esta exclamación, ó fingió no escucharla. Con serenidad y reposo continuó diciendo:

—Algunos españoles, compañeros suyos, residen allá, le animan y le facilitan el viaje. No todos los artistas nuestros que han cruzado los mares vuelven tan pronto como tú supones... y Diego va para quedarse.

Indiferente, al parecer, preguntó María:

—¿Lleva mucho bagaje literario?

—Poca cosa... La novela, ya vendida, y un librito de versos.

—Serán muy hermosos—aseguró con devoción la dama rubia.

—No sé, porque á mi la poseía me causa tedio, en rimas, en paisajes y en amores.

—Yo, siendo de buena ley, la adoro en todas las formas.

—Pues yo—añadió Eva con desdén—estoy por lo positivo. No creo que las ilusiones, las quimeras y las sensiblerías puedan darnos la felicidad.

Con sosiego de meditación ó de plegaria, María murmuró:

—Acaso la felicidad es una quimera, acaso la ilusión es lo único cierto de la vida.

—Tú eres romántica; hubieras hecho con mi marido una buena pareja... En algún tiempo te hizo la corte; aun guarda muchos versos dedicados á ti.

Eva no advirtió que su amiga estaba un poco emocionada, porque se entretuvo pensando que de veras María y Diego se completaban mucho, y ella en cambio...

Paseó por el gabinete una mirada codiciosa, y en la sima profunda de sus ojos brilló una centella de perversidad. Lanzando á la conversación, sin cuidado ninguno, el nombre que tenía en los labios, preguntó:

—Y Gracián, ¿cuándo marcha á ese largo viaje al extranjero?

—Le ha suspendido para el otoño; dice que está causado y va á pasar el verano en el campo con nos-

otros... Hará excursiones frecuentes á la ciudad y visitas á *Las Palmeras* para no aburrirse tanto.

—La aldea es una cosa muy aburrida y triste.

—Así dice Gracián...

—La otra tarde le he visto en el Retiro con la niña.

—Nunca sale con ella; solamente esa tarde que di-ces fué á llevarla en busca de Tristán. Lali me dijo...

Un poco acelerada, á pesar suyo. Eva atajó las palabras de su amiga para explicarle su encuentro con Gracián y su detenida plática en el complaciente rincón del parque, suponiendo que la niña hubiese contado todos los detalles de la entrevista.

Pero Lali, sin malicia ninguna y atenta á sus ojos infantiles, refirió únicamente que ella misma le suplicó á su padre que la llevara al sitio donde otras veces encontraban á Tristán.

Y así, fué tan ociosa la explicación de Eva, que María, mirándola en silencio, sintió crecer la turbación extraña que en su espíritu dejaba siempre el trato con aquella mujer incomprensible.

XXI

En este punto embarazoso de la visita, Gracián se hizo anunciar discretamente, y á poco entró en la estancia con un feliz gesto de vanidad y triunfo.

Tomó entonces la conversación giros alegres, y recayó en el próximo viaje de ambas familias á un mismo pueblo montaños.

—Pueblo de pesca—exclamó Gracián, festivo—; yo creo, señoras, que debemos tomarle á pequeñas dosis, en clase de medicina corporal, pero con precaución, para que el ánimo quede ileso de nostalgias y enfermizos decaimientos... Debemos ir con frecuencia á la playa de la ciudad, que va á estar muy animada, según mis noticias.

—Yo estoy invitada en *Las Palmeras* con mucho empeño—dijo la de Villamor, y dirigiéndose á María, que permanecía silenciosa, añadió: —Tú irás también.

—No le tengo cariño á aquella casa—respondió la señora con un tono muy desusado en ella.

Eva, con intención astuta, se apresuró á decir:

—Creí que guardaría para ti adorables recuerdos...
Y dirigió á Gracián una mirada, viva y fugaz, como
estival relámpago.

Después continuó hablando con su amiga:

—¿No estás con tus tíos en buenas relaciones?

—Ni buenas, ni malas... Siempre les he querido
poco.

—Pues á ti bien te quieren.

—Me quiere Rafael.

—¿Y eres ingrata?—interrogó, muerta de risa, Eva.
Sin alterarse ni dejar de mirar atentamente la punta
fina de su bota imperial, María dijo:

—No soy ingrata, que también le quiero yo.

—Ya lo oye usted, Gracián—exclamó Eva, un po-
quito burlona.

Y éste, con sorna, aseguró riendo:

—Me está dando un cuidado terrible esa noticia.

Indiferente á estas bromas punzantes, la dama rubia
seguía contemplando con suma atención sus botitas
menudas, y Eva, picada por aquella actitud y aquel
mutismo, dijo de pronto, con penetrante acento:

—Pues yo iré á divertirme á *Las Palmeras* si el
niño sigue bien.

Y se levantó para marcharse.

—Procuraremos que se divierta usted—repuso con
intención Gracián.

Y, muy galante, quiso acompañarla, porque era
ya de noche, y una mujer bonita, sola por la calle en
Madrid...

Aceptó Eva sin excusa la interesada oferta, y en-
tonces á María se le ocurrió decir:

—También va á *Las Palmeras* Casilda Manrique.

La miró Gracián con fijeza y encono, replicando:

—Y hará una excursión á tu casa del valle; en
honor suyo daremos una fiesta.

La de Villamor, poco enterada de mundanas intrigas
en aquel tiempo, sintióse llena de curiosidad por des-
cubrir aquélla, cuyo velo se alzaba casualmente ante
sus ojos.

María la preguntó, sin contestarle nada á su marido:

—¿Qué título le pone á su novela Diego?

—Uno muy triste: *Caminos de dolor*...

Ya en el vestíbulo, Rositá, un poco pálida, le pre-
sentó el sombrero al señorito y abrió la rica puerta de
bisagras de bronce y esmerilados cristales.

Extremando los cumplidos con Eva, se la llevó del
brazo el caballero. Bajaban la elegante escalera muy
alegres, en ovante coloquio; y sola en su cuarto, Ma-
ría se acercó á la ventana abierta sobre un breve jar-
dín lleno de flores, y alzó al cielo los ojos, murmu-
rando:

—¡Caminos de dolor... crueles caminos!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO